

DOCUMENTO NÚM. 2

Se repartieron cereales entre los pobres de Atzacapotzalco¹

Desde las primeras horas de la mañana podía notarse ayer una inusitada algarabía en la población de Atzacapotzalco: la pequeña ciudad parecía enfiestada; en la plaza principal de la localidad se veían algunos adornos florales y desde muy temprano hubo constante ir y venir de personas, que acudían al jardín Hidalgo, en donde sería algunas horas después el reparto de cereales entre las familias más pobres del lugar.

A iniciativa del señor prefecto político de Atzacapotzalco, desde algunos días atrás veníanse haciendo preparativos para el mencionado reparto de cereales, obra para la que cooperaron grandemente las señoritas de esa cercana ciudad.

El jardín Hidalgo

Con el objeto de que el reparto de maíz, trigo y frijol fuera lo más lucido posible, así como para que los indigentes tuvieran un rato de alegría, las principales familias de Atzacapotzalco, de acuerdo con la prefectura política del punto, organizaron una pequeña ceremonia

¹ "Se repartieron cereales entre los pobres de Atzacapotzalco", en *El Monitor: el diario de México*, 21 de diciembre 1914, p. 6.

en el jardín principal, llamado “Plaza Hidalgo”, después de la cual se repartirían cereales a los pobres.

La ceremonia resultó muy lucida, y durante ella ejecutó bellos trozos musicales la música militar perteneciente a la brigada Aquiles Cerdán [sic], que se encuentra de guarnición en esa prefectura.

A efecto de que a la hora de reparto no hubiera confusiones de ninguna especie y con el objeto de que éste se pudiera hacer en un buen orden, algunos días antes de proceder a la distribución de los comestibles, las autoridades de esa pequeña ciudad distribuyeron entre las familias más pobres grandes cantidades de boletos, con los cuales se debían presentar la mañana del domingo a recoger la parte de cereales que se les cedía, teniendo en cuenta que en la actualidad ese artículo está a muy elevados precios.

A la hora del reparto

Es indescriptible el hermoso aspecto que presentaba el jardín Hidalgo de la cercana villa; una verdadera multitud de chicuelos, vestidos con extremada pobreza, pero muy limpios, estaba en las bancas del jardín esperando la hora del reparto.

Un crecido grupo de señoritas, vecinas todas de la localidad, recorría las callejuelas del jardín, unas en espera de que diera principio la ceremonia, para cumplir con su oferta de hacer la distribución con sus propias manos, y otras sólo con el propósito de aguardar la hora de la audición musical que seguiría al reparto, según se especificaba en el correspondiente programa.

A las diez de la mañana dio principio el reparto; aquel enorme ejército de chicuelos se aglomeró al derredor de las damas, que, cariñosas y complacientes, ponían en las pobres manecitas de los niños la cantidad de cereales que marcara el boleto al efecto presentaban los mismos chicuelos.

Las señoritas que bondadosamente se encargaron de repartir los cereales a los desheredados, fueron: María Pérez, Concepción Pérez, María Conde, Sofía Durán, Esther Romo, Dolores Cires y algunas otras, a las que el reporter no pudo anotar en su carnet.

Después de haberse hecho el reparto de los cereales, los niños, la mayoría de ellos por su corta edad, sin darse cuenta de lo que hubieran recibido, ponían en manos de sus madres el donativo, entregándose, en medio de gran algarabía, a sus juegos infantiles, inconscientes en lo absoluto de su miseria.

Muy hermoso era el cuadro que presentaban aquellos centenares de niños pobres, cubiertos con ropas toscas, que alegres y rientes corrían por las callejuelas de la plazoleta, dando al aire la bulliciosa algarabía de sus risas infantiles. Aquel entristecedor cuadro de pequeños desheredados, mostraba a plena luz la inconsciencia de su miseria.

Después del reparto

Pasado el reparto, la banda perteneciente a la brigada “Águiles Serdán” ocupó el kiosco que existe en el jardín Hidalgo, ejecutando muchas de las piezas de su repertorio.

Pasado el reparto de cereales a los indigentes, la plaza principal de la florida villa se vió pletórica de señoritas, que con la seda de sus vestidos hacían resaltar más la pobreza de los harapos que cubrieran los desmedrados cuerpos de aquel ejército de niños pobres.

La audición musical terminó cerca de las dos de la tarde, hora en que todas las personas que llenaban el jardín se alejaron de él, quedando el pequeño parque sumido en su soledad y tristeza habitual.